

**CUENTO: “UN PAISAJE TÁCTIL”**

**SEUDONIMO: Dr. Zaius**

**AUTOR: HUGO GASTON IRIGARAY**

**PAIS DE ORIGEN: ARGENTINA**

**PAIS DE RESIDENCIA: ARGENTINA**

El tiempo corría demasiado despacio y la casa estaba vacía. Los dos hechos me aterraban por igual. Sobre todo, cuando tenía que contemplar la idea de pasar la tarde sentado frente a la computadora con las agujas del reloj de pared azotándome. Esos segundos adhiriéndose a mi cuerpo como los aguijones de una anémona, minutos en los que inevitablemente no podría dejar de pensar en Anabella.

Cada día era un poco peor al anterior. Buscaba la manera de encontrar la fuerza para no ir hasta su casa o para no seguirla por la calle escondido entre la gente. Necesitaba que me diera una explicación. Y aunque me moría de ganas de tener un bocado mínimo de su presencia, intentaba respetar ese tiempo que me había pedido.

De Anabella solo quedaba en mi departamento un juego de sábanas con dibujos de palmeras —bueno, en realidad quizás nunca fueron de ella—. Se las había comprado a un muchacho ciego que las vendía en la calle, un mantero que me dirigió una mirada blanca y traslúcida cuando le insinué que era un regalo para mi novia. Me explicó que debía lavarlas con agua fría y plancharlas con un trozo de otra tela encima, para que no se estropeará el estampado. Y al entregármelas me dijo que le encantaban esas hermosas palmeras. Le pregunté cómo lograba saberlo si no podía observarlas. Y él me respondió que podía verlas con el tacto. En ese momento me llamó la atención lo que me dijo, pero pronto lo olvidé.

Anabella nunca se las llevó a su casa. Me sugirió que las dejáramos en mi departamento para renovar las que tenía en mi cama. Supongo que no le gustaron y esa fue la excusa que se inventó para no aceptarlas. Las usamos una única vez, la noche anterior a que me pidiera un tiempo para ella sola. Desde ese día no volví a lavarlas porque quise conservar su perfume en mi cama.

Pero todas esas angustias perdieron sentido cuando me sucedió algo inexplicable. Lo descubrí una tarde gris de lluvia. Las gotas martillaban los ventanales de mi departamento y yo me retorcí en la cama intentando dormir una siesta. Sin querer estiré la mano para tocar ese lugar en el que debería estar mi novia y sentí algo que no estaba ahí sino en otra parte. Mi mano tocó lo que otra mano tocaba. En vez de palpar las sábanas acaricié una superficie ovalada, fría y metálica. Después, mis dedos recorrieron el entramado de un tejido de lana hasta encontrar una superficie nacarada y dura. Cerré los ojos para percibir mejor y me dije: “Botones, estoy desprendiendo un suéter”

Luego experimenté el cosquilleo de una cabellera encrespada y la textura cartilaginosa de una oreja. Aprecié una correntada tibia, la yema de unos dedos tocándose, otra superficie con la delicadeza dócil de una perla, nuevamente una helada extensión de metal y un líquido corriendo por una piel tersa y femenina. Un jabón resbaló entre esas palmas como una caricia húmeda y brotó un colchón de burbujas. La sensación de tener las manos mojadas fue tan vívida que sentí un espasmo recorriéndome los brazos. Finalmente aprecié la afelpada forma de una toalla. Entonces retiré las manos y me levanté de la cama intentando negar lo que me ocurría. ¿Podía ser cierto? ¿Sería de ella ese tacto? ¿Cómo era posible?

Caminé hasta la cocina con un hormigueo inquietante recorriendo las extremidades de mi cuerpo. Abrí la heladera y saqué una cerveza. Estaba asustado y

temí estar perdiendo la cabeza. No era la hora de empezar a beber, nunca comenzaba antes de que cayera la noche, pero las circunstancias me superaban. Serví hasta que la espuma rebalsó mi vaso y bebí esperando ese ligero mareo que me provocaba tomar sin respirar y de un solo trago.

Hubiera sido mejor tirar esas sábanas y desentenderme de lo que me había ocurrido. Conservar la duda de la razón a la certeza de la locura. Pero miré el reloj de pared con su marcha lenta y mortuoria y no logré contenerme.

No debería haber vuelto a meter mis manos bajo esas sábanas, sin embargo no pude evitarlo. Luego de un momento regresé a la habitación solo para comprobar que lo que había vivido había sido cierto. Volví a adentrarme bajo esas mantas de estampados de palmeras arreciadas por una tormenta tropical. Otra vez palpé algo que no estaba ahí y mis manos fueron transportadas a otro lugar. Manipulé una superficie porosa y caliente, sentí una masa desasiéndose entre mis dedos, granos de sal, azúcar o arena, no pude adivinar de qué se trataba. Luego toqué la inconfundible superficie del papel.

Me entregué a ese paisaje táctil con los ojos cerrados. Acaricié una piel tersa, quizás la cara, la punta de unos dedos destemplados posándose sobre otra lonja de piel ardiente, arrugas, pliegues, zonas ásperas, esquinas triangulares, loza helada, azulejo caliente, pelo terso, borde afilado, mesada suave, pared áspera. Era difícil adivinar lo que estaba haciendo Anabella solo teniendo la experiencia de su tacto. Inmediatamente otra serie de texturas se sucedieron. Y me pareció más fácil de reconocer esas últimas percepciones. Me dije: “Está por bañarse”. A esas sensaciones de tejidos diferentes, quizás caprichosamente, les puse nombre: “Camisa, corpiño, bretel, medias, zapatos, bombacha, cortina de baño”.

Pretendía adivinar lo que sus impresiones me devolvían, hacerme una escena de lo que estaba ocurriendo. Otra vez el giro de los dedos alrededor de una superficie fría y

el chicotazo de las gotas de agua, un bombardeo de migajas líquidas. La superficie aterciopelada del jabón danzando entre esas palmas, ajenas y propias a la vez, creando una espuma efervescente que, privado de otros sentidos, percibí con una claridad palpable.

Y por fin una imagen táctil de su figura sinuosa se formó en mi mente. Recorrí sin pudor el mapa de imperfecciones de su piel, rugosidades, lunares, poros, ranuras, cráteres, superficies duras y blandas, caricias incesantes. No podía dejar de seguir aprovechándome de esa jugarreta del cosmos, de ese desgarró en el tiempo espacio que me permitía conectarme con el tacto de Anabella y me daba la oportunidad de volver a tocarla. Acaricié sus pechos, las ondulaciones de sus costillas, su abdomen plano y la típica cicatriz de una operación a la altura del bajo vientre. Luego subí por sus hombros, toqué su cuello largo y delicado, palpé sus mejillas febriles y sus ojos indiferentes.

Y entonces sentí algo inesperado, algo que me perturbó y me revolvió el estómago. También acaricié una piel ajena y grotesca. Recorrí lo que supuse era un torso masculino y distinguí una masa muscular, una nuez de Adán, la inconfundible mandíbula cuadrada de un hombre, una selvática barba, unas orejas diminutas también con pelos rasurados y la superficie de unos labios que dibujaron una sonrisa cómplice.

No resistí más tantas sensaciones y aparté ambas manos de debajo de las sábanas. Pero cuando abrir los ojos descubrí que estaba ciego. Desesperado le lancé una mirada a la nada y acaricié la superficie de esas sábanas. Al fin podía apreciar las hojas de esas palmeras bordadas en el estampado, peinadas por un viento incesante, que me recordarían para siempre su ausencia.